

atildado escritor, Académico Don Ramón Emilio Jiménez.

2.— El resultado del certamen celebrado por la Academia, y patrocinado por el Honorable Presidente de la República, en honor del magno suceso conmemorado en su primer centenario; esto es: lectura del veredicto del Jurado y mención de los trabajos premiados.

3.— Lectura, por Don Adolfo Henríquez, hijo del autor, del hermoso romance "Duarte y La Trinitaria", del venerable bardo y veterano de estas lides espirituales, Dr. Don Federico Henríquez y Carvajal.

4.— Lo que el joven laureado aquí presente quiera leernos en algunos párrafos de su trabajo premiado.

Después, el académico Jiménez, comisionado al efecto por la Institución, dió lectura a su hermoso "Elogio de La Trinitaria y de Duarte", mereciendo los más encendidos aplausos del selecto auditorio.

Luego, el Secretario leyó el Veredicto del Jurado del Certamen, suscrito por los académicos Dr. Manuel de Js. Troncoso de la Concha, D. Ramón Emilio Jiménez y Lic. Emilio Rodríguez Demorizi.

Inmediatamente se procedió a la apertura de

los sobres que contenían los nombres de los concursantes, resultando ganador del Premio, consistente en la suma de \$200.00, el joven Licenciado José Manuel Machado, y ganador del accésit, consistente en la suma de \$50.00, el Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, Presidente del Instituto de Investigaciones Históricas, quien excusó su inasistencia al acto. El triunfador, Lic. Machado fué invitado a tomar asiento junto a la mesa directiva.

Continuó el programa con la magistral recitación, hecha por el Sr. D. Luis Adolfo Henríquez García, del bello romance "Duarte y la Trinitaria", obra del Maestro Dr. Henríquez y Carvajal.

El Lic. Machado ocupó la tribuna y le dió lectura a algunas páginas del estudio galardonado, pronunciando antes bellas y emocionadas palabras que fueron muy aplaudidas.

Finalmente, el académico D. Félix E. Mejía expresó las gracias al auditorio por su concurrencia al solemne acto, y lo declaró clausurado.

En Ciudad Trujillo, a los 17 días de julio de 1938.

Félix E. Mejía,
Presidente ad-hoc

Emilio Rodríguez Demorizi,
Secretario.

Elogio de La Trinitaria y de Duarte

Señor Representante del Hon. Señor Presidente de la República;

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, Señores Académicos,

Señoras y Señores:

La Academia Dominicana de la Historia, en cuyo nombre y por acuerdo de la cual llevo la palabra en esta solemneidad histórica, cumple hoy uno de sus más gratos deberes rindiendo homenaje de veneración a las grandes figuras del pasado y a sus gloriosos hechos, interpretando con fidelidad el alto pensamiento del Hon. Señor Presidente de la República, Generalísimo Doctor Ratael L. Trujillo, interesado como estaba en que la celebración del primer centenario de la patriótica sociedad "La Trinitaria" revistiera el carácter y brillo propios de su trascendental importancia, para lo cual decretó su celebración oficial y acordó premios destinados a justas acerca de la célebre institución y de sus más ilustres miembros. No sé si traduzco con fidelidad el espíritu de ella en ocasión tan solemne para el sentimiento de la gratitud nacional en memoria de los trinitarios y en estima de su obra. Toda expresión de pública gratitud es un acto de elevada justicia, y toda justicia una manifestación de defensa social. Exaltando la obra grande por su eficacia en el desarrollo y enaltecimiento de los pueblos, se rodea el interés de su conservación de la garantía necesaria, porque los estímulos al esfuerzo constructivo de las organizacio-

nes humanas contribuyen a afirmar estos esfuerzos dándoles consistencia para la perseverancia.

El centenario le da consagración definitiva a las grandes obras que por la libertad, por la verdad, por la justicia, por el derecho y por la ciencia y el arte se realizan. Un centenario es el triunfo de la obra grande en el crisol del tiempo. Lo que se reconoce y exalta en el recuerdo a través de un siglo es lo que tiene verdadero perfil de eternidad. Los siglos son los mejores jueces de las acciones humanas. El veredicto histórico de la fama lo rinde, mejor que la temprana inquietud de la hora en que los hechos llamados a juicio se producen, la serena ecuanimidad de las centurias. Cualquiera obra no resiste a la prueba de cien revoluciones del planeta. Cambian mucho los criterios; se recogen las pasiones; se serenán los ánimos; se remansa el torbellino de la contradicción, y queda en su punto de equilibrio y de reposo el material humano hecho obra. Entonces se comprende por qué resistió el acontecimiento a las marejadas del olvido y se le sobrepuso con tenacidad al paso de martillo de los tiempos. El siglo es buril, y La Trinitaria ha salido del rigor del instrumento con el lustre propio de las obras definitivas y eternas.

Veamos a La Trinitaria en su estructura íntima y en su desenvolvimiento. Su fin era la independencia nacional; sus medios, la preparación de los hombres llamados a realizarla. Desde ese punto de vista precisa estudiarla como escuela antes que como fragua revolucionaria; como



camino antes que como jornada cívica y heroica.

Sometido a la dura condición del esclavo, presa de vejámenes, víctima de oprobios bajo el látigo de la dominación haitiana, el primer paso del despotismo de Boyer fué atacar a nuestro pueblo en su eje medular: en sus escuelas. Asestó golpe de muerte a la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, cerrando, a la avidez de conocimientos de la juventud, sus históricas puertas. Cúpole suerte semejante a otras organizaciones escolares. La suspicacia del extraño poder hubo de cebarse duramente en las aulas. Fué entonces cuando el Dr. Juan Vicente Moscoso, sin reparo de años y de canas, abrazó el magisterio en la intimidad del viejo hogar, ara ardiente cuya imagen no era otra que la visión de una república libre. Pero la burla ruin atrevióse con él, amargándole, y hubo de cejar en la empresa. El francés fué impuesto como lengua oficial, y toda escuela pública había de sujetarse a esta disposición. Y sobreviene el éxodo a otras playas. Había que hallar la luz en otros medios, templar afuera las conciencias.

Al árbol atacado en la raíz parece consolarle la corriente que arrastra sus semillas, el viento que las lleva a otros lugares y la caja que a la madurez las lanza con ruido en el espacio. Semillas del árbol social de aquella época eran las familias que huían al exterior en busca del sustento espiritual para sus hijos, los cuales habían de retornar a la abatida tierra para luchar por sus perdidos fueros.

No es posible, sin luz, abrirse paso en las tinieblas. La ignorancia es la peor enemiga de las propias determinaciones humanas. Pueblo abyecto en la servidumbre es, necesariamente, pueblo sin desarrollo de conciencia para sentir el oprobio que le viene de su condición de conquistado y de su desventura de oprimido. La noción de dignidad, el sentimiento del decoro y la convicción de que la vida es afrenta cuando no es duena de sí misma, con suficiente madurez para imponer su ritmo interno, son posibles únicamente en cerebros y almas templados en el estudio y la meditación. Esto no podía escaparse al espíritu receloso del dominador, que por intuición hubo de advertirlo cuando no por otro linaje de agudeza; y el dardo del recelo fué a parar a la cátedra, niriéndola de muerte. Sacerdotes que encabezados por el Arzobispo Valera disimulaban entre las espigas del amor a Dios, los brotes del amor a la Patria, pagaron con persecuciones su servicio. Gaspar Hernández, el levita limeño, tuvo más suerte que el depuesto Mitrado. Su obra de fe hízola extensiva a la de escuela. Y no faltó con ello al sacerdocio, antes bien ejercióle con más profundo celo místico, que el derecho a la rebelión cuando una necesidad social lo justifica, lo reconocen los doctores de la Iglesia, desde Tomás de Aquino, que le imprimió sello de doctrina, hasta el último togado de Jesús. Ardió por eso en fiebre de ideal y aplicó a fines didácticos el oro de su ética y su filosofía. El alma de la escuela, perseguida, volvió a ofrecerse a la sed ardorosa de conocimientos, y el santo varón, como en las catacumbas,

amó el silencio religioso. La piscina probática abrióle senda oculta para el toque mágico de la palabra doblemente evangélica, y comenzó la obra sublime de su siembra.

Llegado al país Duarte, algunos años antes que Gaspar Hernández, contempla la sociedad dominicana de su tiempo, y lo sacude el espectáculo. Signo de un estado sociológico enervante, le hierde en lo más vivo de su sensibilidad, y lanza un anatema; pero pronto se repone de su asombro. La hora no era de dicitos, ni de lamentaciones, ni de dudas. Era el momento supremo de la acción. Había que refrenar el potro de carrera de la sensibilidad y recorrer la senda a paso lento de jornada. Había que contener la imaginación, capaz de distraer la aguda mente del cierto camino que grandes circunstancias trazan al hombre llamado a dirigir trascendentales acontecimientos de la historia, y el corazón, la sensitiva, dejó actuar al cerebro, al pensamiento. Fué el instante magnífico de La Trinitaria, fundada, como vosotros lo sabéis, el 16 de julio de 1838, y organizada, como reza la historia, con una base triple de tres miembros cada una para su multiplicación de tres en tres por cada miembro, compuesta, en sus comienzos, si hemos de creer a Serra, de estos patriotas cuyos nombres no pueden faltar en este trabajo académico:

Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix Ma. Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandro Pina, Felipe Alfau y José María Serra.

Más que una sociedad con patrióticos fines secretos, La Trinitaria fue la escuela que sirvió de base al ideal separatista. Duarte no perdió tiempo en disponer del medio más seguro de animar la grande empresa. Tenía razón en activar los trabajos: el cuerpo se acostumbra a todo, a lo bueno como a lo malo, a la luz como a la sombra. El minero que pasa largos años en su ambiente bajo tierra, llega a serie con los años insoportable la luz. Tal acontece a muchos pueblos privados durante largo tiempo de mejores condiciones de vida. Es necesario que en los pueblos sometidos a rudo cautiverio por la mano férrea de la conquista, haya quien los sacuda a tiempo de su penoso estado para evitar que se resignen a su dura suerte al embotarse demasiado el sentimiento de su dignidad. Cuanto más tiempo vivan vida de humillante dependencia, más difícil será volverlos al disfrute moral del bien perdido.

La lección sacaba luz de los espíritus como el martillo de la piedra. Aquel siglo era de incubación de libertades en el mundo y fundáronse numerosas sociedades secretas; La Hetaria, en Grecia, hacia 1814, para sacudir el yugo de Turquía; la de los Nortes, en Rusia, en favor de una república rusa y otra polaca; la Asociación de las Familias, en Francia, entre otras muchas de fines socialistas, que precedió a la Orden de los Iluminados, precursora de la Revolución Francesa. En Irlanda otras muchas, entre las que se distinguió la de Los Fenianos, contra la domina-

ción británica; y otras tantas en Italia, con los **Hijos del Sol**. Es la misma obra de la Fracmasonería de aquellos tiempos, fecundísima en saludables enseñanzas propicias a las libertades que dignifican y engrandecen a los pueblos. Casi todas estas sociedades ocultas realizaban obra de orientación de las conciencias, y en tal sentido eran otras tantas escuelas de civismo.

A la Trinitaria siguió **La Filantrópica**, que se distinguió con un nuevo instrumento oratorio: El Teatro. ¡Cuánta abnegación la de aquellos trinitarios convertidos en improvisados actores, intérpretes de apasionadas obras de ardor cívico que contribuyeron no poco al desarrollo de los acontecimientos en que culminó la victoria del ideal separatista! El teatro es también escuela. Esquilo y Sócrates dieron al mundo, con el arte escénico, uno de sus principales medios de cultura. Prestase, la dramatización, para estímulo de sentimientos y pasiones; exhibe personajes a los que se propone detractar el autor. Se ven mejor en la escena las deformidades morales de los despotas, y adquieren gracia de líneas y nobleza de contornos las humanas figuras vaciadas en los moldes de los cristos y de los quijotes.

A veces el teatro, pintura viva de la realidad, sea de bello origen o de fea procedencia, acorta los caminos de las reivindicaciones sociales. Lo sabe el sociólogo, presente en todo verdadero autor dramático. Puede mucho, en este aspecto de la educación en el teatro, el elemento psíquico llevado a la tragedia. La burla y el flagelo como factores de regeneración, no han entrado en la escuela propiamente dicha; pero su agudeza contra vicios y pasiones puede llegar a ser el "ábrete sésamo", en muchas circunstancias de la vida de los pueblos. Cervantes y Shakespeare lo atestiguan, el último de los cuales nos da en el Príncipe Hamlet y en Horacio los dos elementos poderosos de la ética armada para el triunfo de la verdad y la Justicia: el secreto, primero, en la intimidad de estos dos personajes de la tragedia, conjurados para la vindicación, y la escena como espejo en que se miran muchos despotas. Los cómicos del Hamlet y los improvisados para el Teatro de "La Filantrópica", cumplieron, en situaciones distintas de tiempo y de lugar, semejantes designios reivindicatorios.

Escuela había de ser lo primero, y se hizo obra escolar intensa, en la discreta habitación, en la intimidad del convento, en el teatro encubridor, en el monte solidario, en la llanura cómplice. Hasta la gallera vocinglera y el garito silencioso prestáronse a la trama revolucionaria, agudizando el instinto de reserva contra el extraño celo.

Revolución era el camino; pero no hay revolución posible sin apostolado que le preceda. No basta el arma, para imponer un derecho no sentido ni vivido, perdido o postergado. El empleo del arma reparadora o creadora supone siempre una emanación vigorosa de doctrina humana, un antecedente de filosofía que impregne de flui-

do revolucionario la atmósfera social llamada a inflamarse con el rayo de la guerra. Las reformas son hervidero de materia gris antes que de sangre; de plumas, antes que de bayonetas. Son ideas de salud que viajan en la onda espiritual del universo. Un hombre dotado de sutil penetración y de suprema sensibilidad las capta, fécondase con ellas, créales ambiente allí donde hacen falta para establecer vida pública con hábitos de libertad política, y surje entonces el apóstol que no ha de faltar nunca como eje de la revolución. Por eso se anticipa el profeta al héroe de la lucha y al mártir de la causa. Y este apóstol no tendrá más interés que el objeto de su predestinación. Verá al oro brindarles su cebo tentador, y le despreciará; verá, asimismo pecadoras ofreciéndoles, como a otro Antonio de Padua, imán de seducción, y esquivará el influjo de las formas; la alegría tocará a la puerta de su alma, por la que antes penetrara el dolor, y le echará doble cerrojo.

Este apóstol de la Independencia Nacional, iniciador y fundador de La Trinitaria, se llamó Juan Pablo Duarte. Tenía la traza peculiar de los reformadores. Todo lo ofrendo al austero principio de su causa: hogar, familia, bienes de fortuna, inteligencia y corazón. Cuando Cristo profirió al que anhelaba acompañarle en la espinosa senda, "Da todos tus bienes a los pobres y sígueme", supo bien lo que dijo. Cuando escogió entre la obscuridad de la pobreza a los hombres que habían de acompañarle, supo con perfecto sentido de la realidad lo que hizo. No dió a aquellos pobres hombres otro calificativo que el de discípulos, porque discípulos era, precisamente, lo que necesitaba. Eran aquellos hombres parte del desorientado pueblo oriental, y había que levantar primero el nivel de comprensión de las clases interiores para establecer los fundamentos de la revolución. Por eso, antes que todo, Jesucristo fué maestro. El Divino Maestro, Rabí de Galilea, en buen lenguaje hebreo.

De todos los títulos con que ha pasado a la historia, pocos le cuadran tanto como éste. Duarte, como todos los reformadores, como todos los cristos, debía serlo también, y lo fué en grado máximo. Ocho diamantes de sencillez, fáciles al reclamo del lustre generoso, prestáronse a la lima. El instrumento fué dócil al impulso, y nació La Trinitaria. Fué el alba anunciadora de un gran día. Como otro Pablo para el nuevo Cristo, surgió Sánchez, mártir de la idea en posterior jornada épica; y Mella, a quien el destino tenía reservado el honor de dar el grito de Independencia frente a las piedras vetustas del baluarte. Así se hizo Patria. Núñez de Cáceres lo quiso en 1821, y consagró a este ideal la esencia de su alma; pero no empezó por donde había de comenzar: por la escuela, fragua y martillo al propio tiempo; por la escuela, que es la mesa del espíritu en evolución, y la obra murió por raquitismo intelectual. Pero Núñez de Cáceres, no obstante su altitud de pensamiento y voluntad en la suma de esfuerzos por alcanzar la soñada autonomía de la parte española de la isla bajo el



patrocinio de Colombia, y de haber sido catedrático y rector de nuestra vieja Universidad, carecía de la intuición que preside la mente superior de los apóstoles, y, consecuentemente, del sentido de la escuela en las transformaciones morales y sociales. Se impregnó del sentimiento de la libertad en el ritmo espiritual del mundo; pero le faltó el elemento psíquico indispensable a la plasticidad de conciencia.

El grandé, el auténtico maestro de la causa, chispa del movimiento revolucionario reivindicatorio, no fué otro sino Duarte. Era el pensamiento, y lo dió sin reserva al ideal; la voluntad, y la mantuvo en incesante ardor de ofrenda. Bien hallado de la fortuna, la empezó íntegra en servirlo. El ideal es absorbente como la tierra. Es la oprimida esponja de un anhelo, suelta de pronto en la púrpura de nuestra sangre para contraerse algún día en ansia de purificación y derramarla con honor sobre la vida. Sabíalo Duarte y al imponer el juramento de los trinitarios, a que hubo de someterse, exigió que todos firmaran con su sangre. "Escribe con sangre, dijo Nietzsche, y aprenderás que la sangre es espíritu". Es el ideal la manifestación más elevada de la conciencia. De esencia divina, hace converger a su núcleo todo estímulo de sentimiento y de pasión, comunicándole a los actos que inspira la gravedad y decoro que corresponde; se hace rendir tributo eterno y nunca está bien sacio de deberes. De ahí la profusión de actividades, de recursos, de energías, que confronta donde se le erige altares para el culto. Esto no puede ignorarlo el apóstol. Comprenderá por qué se debe más al ideal que a la familia; que la vida de que goza no le pertenece en rigor de verdad sino al objeto a que se entrega en prenda de servicio sin tasa. Nada habrá que lo substraiga del incentivo constante de su fe. Comprendiéndolo así, Duarte hizo materia de juramento estas palabras: "cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del Gobierno haitiano y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana". . . . Con su persona, vida y bienes dijo, e hizo decir lo mismo a todos.

Cualquiera jura. De perjurios está lleno el cañamazo de muchos acontecimientos. No bastaba jurar: había que sostener el juramento, cumplirlo en toda su terrible gravedad. Y dió el ejemplo. Lo dió con emoción nazarena. El único ejemplo fecundo es el de los hechos, que arrancó a Hostos esta sublime exclamación: "Mal predica quien mal vive".

El apóstol de la Independencia Nacional, iniciador y fundador de La Trinitaria, tenía, de ese modo, la traza peculiar de los reformadores. Veámoslo en su ejemplo, jurado que hubo darlo todo por el ideal. Comprometió a su hermana cuyas manos cosieron las insignias, manos para altares, oficiadoras manos, espigas de rezos, que se ocuparon en otros menesteres de la causa separatista, y por cuyos blancos dedos pasó, escuarrizado, el hilo del secreto: era Rosa Duarte. No reparó en el peligro a que exponía su noble her-

mana. ¡Mayor peligro ponderaba sobre su pueblo escarnecido! Comprometió también a la madre de otro de sus discípulos: Chepita Pérez, en cuya casa se fundó La Trinitaria; y a la tía de Sánchez, el más grande en la Patria después de él: Trinidad Sánchez. El cadalso o el vejamen podía caer implacable sobre aquellas débiles mujeres; pero la causa lo exigía. También tenía la causa nombre de mujer.

Como reza el sagrado juramento, se iba en contra de toda dominación extranjera, y cuando, tras de haberse creado la República el 27 de febrero de 1844, hubo quienes quisieran renovar el innoble expediente de los protectorados, Duarte, con sus más denodados compañeros, Sánchez y Mella entre otros abnegados patricios, opuso a la menguada pretensión la voz de la protesta, que les valió a todos ellos el enojo de los **atracados**, yendo a parar a la cárcel, de donde salieron expatriados, calificados de traidores por insolita determinación de la Junta Central Gubernativa arrogándose facultades legislativas que la desnaturalizaban. Ni protectorado español, ni protectorado francés, ni de ningún otro Estado. Bastábase a sí misma la República por derecho de propio sacrificio. La libertad no se da: hay que conquistarla. No hay que esperar a que ella venga del pueblo opresor al oprimido, ni que otros pueblos la propicien con ayuda, interesada y lesiva de sus atributos, casi siempre, con la fuerza de las armas cuando se posee la fuerza moral que le sirve de sustentáculo y de apoyo. Por eso nada hizo contra los designios de Santana, y se ausentó de la República que lo acogió con delirantes aclamaciones el 15 de marzo de 1844, llamado de Curazao para ser recibido como Padre de la Patria que era, de la que salió decepcionado hasta que, en 1862, sabedor de las nuevas desventuras de la misma, corrió a ponerse de nuevo a su servicio retornando a Venezuela investido con su representación, que aceptó para que su persona no fuera de nuevo motivo de inquietudes. Allí lanzó, con la imagen de la bandera en el postrer instante, el último aliento de su vida.

En todo demostró Duarte la superioridad que lo animaba. Ni una sola contradicción entre su ética y sus actos. Así, cuando a Juan Nepomuceno Ravelo primero, y a Mella después, envía como emisarios a la parte haitiana de la isla, a trabar alianza con el partido opuesto al de Boyer, hácelo, no con otro móvil que el de utilizar, en favor de su gran causa, cuantos medios ponían los acontecimientos al alcance de su inteligencia, jamás para crear, con el elemento extraño, relaciones que más tarde pudieran volverse contra el interés dominicano y comprometer el éxito de la obra al promoverse la natural relajación de vínculos más aparentes que reales, que sólo circunstancias de aquellos tiempos permitían establecer. No cometía, con tal conducta, acto alguno susceptible de menoscabar su sinceridad de hombre moral, ya que no su grandeza de patriota. Tanto él, como el jefe de los llamados reformistas haitianos, sabían que después aquel caudillo se desharían los transito-



rios lazos al peso de una situación política cuyas consecuencias no han podido ser más dolorosas en el curso de los acontecimientos, y así, ni de esta parte ni de aquélla se creyó en otra cosa que no fuera recurso pasadero de intereses recíprocos para el logro de un fin determinado.

Duarte fué puro en todo el discurrir de su existencia como hombre y en todo el curso de su vida como héroe. Si no fué como Jefe implacable azote para evitar, hecha la Independencia, sucesos interiores que le obligaron a volver a Venezuela con hieles en el alma, no se debió a falta de carácter de que dió ostensibles muestras en todos los momentos de su vida de apóstol y de jefe de la revolución separatista, sino a falta de algo característico de la condición natural de hombre influyente en las decisiones de los bandos, y de refinada astucia para ganar la palma a toda costa. No era la espada: era el pensamiento. ¡No el brazo arrollador, y sí el espíritu que animó la causa e hizo el ambiente propicio al triunfo de la misma, consagrando en la tierra un derecho y alzando al cielo una bandera.

Capaz de haber ordenado la ejecución de un traidor a la República, no era capaz de ordenarla contra quien le opusiera trabas para que no llegase al solio presidencial, porque el poder no fué para él, en ningún momento de su vida, el incentivo de su pensamiento. Podría tildársele de ambicioso de mando, y él prefería, por encima de todo, la enhiesta posición a que había subido abrazado a un ideal.

El dolor es el barniz del ideal, o dicho con frase de Martí, "la sal de la vida". Duarte no fué un mártir en el sentido corriente del martirio, porque no fué fulminado por balas enemigas. Esta forma de martirio es la que generalmente se tiene como tal. La otra forma, la que escapa a la común inteligencia, se pierde entre la mediatinta de los ecos. Es la del martirio lento en vida; la de la agonía que le parece al héroe que no va a terminar nunca. . . . La de los que envejecen en el drama de su vida sin presenciar la bajada del telón.

En resistir está lo mejor de la vida. La vida que acaba con la muerte es sólo la vida en pequeño. La que empieza con la tumba y se agiganta en el tiempo, es ya la vida en grande, la que se multiplica en enseñanzas y se pluraliza en modelos y dechados.

A cada año corresponde su propia justicia, ligera, porque cada hora del mundo exige un juicio determinado, que no ha de faltar; pero es verde este juicio. El grande, el juicio definitivo corresponde al sentido filosófico de la Historia. El valor humano de La Trinitaria ha merecido ya su veredicto. Cien años pesan sobre ella. La obra está ya madura para presenciar, hecha bronce, el desfile interminable de los tiempos.

R. Emilio Jiménez.

Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana, 16 de julio de 1938.

Duarte y La Trinitaria

Juvenilia! Primavera!
Un tercio solo contaba
el siglo de luz de América,
i Duarte volvió al Ozama
resuelto a cumplir el voto
que, a su turno, formulara
de redimir a su pueblo
del yugo que lo infamaba.
Ideas de alta cultura
consigo trajo de Francia,
las normas del heroísmo
se las dió la madre España.
I fué para todos, luego,
su fina persona, grata;
i anudaba relaciones,
con su verbo i su prestancia,
en las casas solariegas
i en las más humildes casas;
i en los míseros bohíos
de la zona suburbana
las virtudes ya dormidas
despertó con su palabra.

A los unos i los otros
su amistad les vino holgada:
fué testigo o fué padrino
—testimonio dan las actas—
de bautizos o de bodas,
i orador en las veladas
Un ameno club de amigos
estudiosos fué su casa,
i en la primanoche todos
para oírlo se callaban.
Desde entonces fué su alcoba
de cultura centro i aula,
que en un templo de civismo
el patriota transformaba
Desde entonces fué el maestro
de alma pura i mente clara,
de viril i honesta vida,
de exclusivo amor de Patria.
I cumplido un lustro apenas
de su cívica enseñanza,
la silueta del apóstol
sólo en él se perfilaba.

Es entonces cuando surge,
en la sombra iluminada,
el apóstol i el maestro
como el pueblo lo esperaba.
Tal así en la Palestina
—fácil presa i vil esclava—
otro pueblo en cautiverio
al Mesías aguardaba.
Ese prócer sin mancilla,
conductor de un pueblo en marcha,
como el Cristo, bajo el peso
de la cruz que lo agobiaba,
por la calle de amarguras
irá al fin de su jornada.
Era el Dieciseis de Julio.
En el templo celebraban
a la virgen del Carmelo,
pura i limpia como el alba;
i en una casa frontera
de la iglesia alborozada
—un duartista fervoroso
con su madre la habitaba—